

Sófocles
Electra

Electra

SÓFOCLES

ELECTRA

Traducción: Agustín Blánquez

PERSONAJES

Clitemnestra

Electra

Crisóstemis

Orestes

Preceptor

Pílates

Doncella

Criados

Coro

Egisto

ACCIÓN

La acción se desarrolla en Micenas, ante el palacio de los Pelópidas, en el Ágora, decorada con numerosos altares. Es la hora del amanecer. Como se hallan en la Acrópolis, desde allí se divisan la llanura de la Argólida, el templo de Apolo y el de Hera. Entran por la izquierda el Preceptor, Orestes y Pílates.

PRECEPTOR.— ¡Oh, hijo de Agamenón, el que tiempo atrás fue generalísimo en Troya! Hoy puedes contemplar ante ti esos lugares famosos que tantas veces anhelabas volver a ver. Ahí tienes la antigua Argos, tan añorada, mansión sagrada de la hija de Ínaco, perseguida por el tábano.¹ Esta es, Orestes, la plaza Licia, la del dios matador de lobos,² a tu izquierda tienes el célebre templo de Hera; el lugar a donde hemos llegado no puedes dudar que es Micenas, rica en oro; y de frente tienes el palacio, fecundo en desgracias, de los Pelópidas. En él fue donde, después del asesinato de tu padre, te recibí de manos de la que lleva tu misma sangre, de tu hermana; me hice cargo de ti y te salvé, y te he criado hasta la vigorosa edad a que has llegado para ser el vengador de la muerte de tu padre. Ahora, pues, Orestes, y tú, Pílates, el más leal de los amigos, hemos de decidir lo que vamos a hacer y cuanto antes. Ya el resplandor luminoso del Sol hace que se oigan los trinos de los pájaros, y se ha desvanecido la noche juntamente con la oscura claridad de las estrellas. Antes, pues, de que salga nadie del palacio, pongámonos de acuerdo; estamos en un momento en el que no debe haber lugar a indecisiones: es el instante preciso de la acción.

ORESTES.— ¡Oh, tú, el más querido de los servidores! Bien demuestras tus sentimientos generosos para conmigo. Pues así como un caballo de raza, hasta cuando es viejo, no pierde nunca el brío en los peligros, sino que se mantiene erguido con las orejas tiesas, así tú nos das alientos con tus palabras y eres el primero en marchar con nosotros. Te confiaré, pues, mis planes; por tu parte, óyeme atento lo que voy a decir, y si en algo no voy acertado, indícame el mejor camino. Cuando fui a consultar el oráculo pítico, para saber de qué modo tomaría venganza de los asesinos de mi padre, Febo me dio la contestación que vais a oír: "Solo, sin armas, sin soldados, astutamente, por sorpresa, perpetra con tu propia mano las justas muertes"³. Ya que tal fue el oráculo que oí, entrarás tú primero en el palacio, cuando la ocasión te lo permita; te enterarás de cuanto en él ocurre, de modo que puedas informarme exactamente: no hay miedo de que puedan reconocerte tras tan larga ausencia, encanecido como estás por los años; ni siquiera sospecharán quién eres. Les dirás que eres un extranjero que llega de Fócida,⁴ de parte de Fanoteo, uno de sus mejores aliados. Les anuncias luego, y esto hazlo con juramento, que Orestes ha muerto en un accidente casual en los certámenes píticos,⁵ despedido del pescante de su carroza. Tal debe ser el fondo de tu relato, que adornarás con toda clase de detalles. Nosotros, por nuestra parte, tal como lo prescribió el dios, derramaremos ante todo sobre la tumba de mi padre libaciones,⁶ y colocaremos los mechones de cabellos que nos cortaremos, y volveremos aquí trayendo en las manos la urna de bronce, que sabes dejé escondida

¹ Ío era una doncella de la estirpe de Argos. Su padre, Ínaco, era a su vez hijo del Océano. Fue amada por Zeus (dios máximo del Olimpo), cuya celosa esposa, Hera, le mandó en venganza un tábano que enloqueció a la joven, condenada a vagar por el mundo convertida en vaca. El mar Jónico debe su nombre a ella, así como el Bósforo ("paso de la vaca").

² El Dios Apolo *Lukeios* era asociado con los lobos. Aúkos significa "lobo" en griego.

³ Apolo, hijo de Zeus, dio muerte a flechazos al monstruo Pitón, que era una serpiente o dragón engendrado de la podredumbre de la Tierra en Delfos y exterminador de animales y seres humanos. Por esta razón, se lo honró con el nombre de Apolo Pitio. En Delfos se apoderó del oráculo de Temis y se erigió como único soberano.

⁴ Fócida era una zona en Asia Menor sobre las costas del mar Egeo.

⁵ Los certámenes píticos eran competencias deportivas que recordaban la hazaña de Apolo de matar al dragón Pitón.

⁶ La libación era parte del rito fúnebre de antiguos griegos y romanos. Consistía en llenar unos vasos rituales especiales con vino, leche y miel, y derramar ese contenido sobre la tierra para los muertos.

entre unas matas. De este modo los engañaremos con la noticia, para ellos agradable, de que mi cuerpo no existe, que ha sido quemado y reducido a cenizas. ¿Qué cuidado me da a mí pasar por muerto, si en realidad estoy vivo y me revisto de gloria? A mi parecer, no hay palabra de mal agüero si trae provecho. He visto muchas veces que aun los sabios se hacían pasar por muertos, y luego, al volver a sus hogares, disfrutaron de gloria más cumplida. Así tengo confianza en que yo también, gracias a esta falsa noticia, apareceré pronto radiante como un astro a los ojos de mis enemigos. ¡Ea, tierra patria, dioses de mi país, acogedme propicios y dad a mi retomo un éxito feliz; haz tú lo mismo, palacio de mis padres, pues enviado por los dioses vengo en nombre de la justicia a purificarte! ¡No permitáis que salga deshonrado de este país; por el contrario, haced que pueda recobrar mi antigua riqueza y ser el restaurador de mi Casa! He aquí lo que tenía que decir; ahora, anciano, ve, ocúpate en lo que a ti te toca hacer; nosotros dos nos iremos. Acecha el momento propicio que es para todos los hombres el supremo maestro de todos tus actos.

ELECTRA (*En el interior del palacio.*).— ¡Ay de mí! ¡Qué infortunada soy!

PRECEPTOR.— Me parece haber oído a una sirvienta que se lamenta detrás de esas puertas, hijo mío.

ORESTES.— ¿Será la desgraciada Electra? ¿Quieres que nos quedemos aquí y escucharemos de qué se lamenta?

PRECEPTOR.— De ningún modo; lo primero es dedicar todos nuestros esfuerzos a cumplir las órdenes de Loxias,⁷ y por tanto tenemos que empezar por ir a ofrecer las libaciones en honor de tu padre, pues esto ha de ser lo que va a poner en nuestras manos la victoria y asegurará el éxito de nuestra empresa.

(*Salen los tres. Entra Electra.*)

ELECTRA.— ¡Luz sagrada, aire que envuelves la Tierra, cuántas veces me habéis oído doloridos cantos y escuchado los golpes que he descargado sobre mi pecho angustiado así que se desvanece la noche oscura! Mientras esta dura, el lecho odioso que ocupó en este palacio odiado sabe cómo me lamento por la suerte de mi desgraciado padre, a quien el sangriento Ares no albergó en país bárbaro,⁸ pero a quien mi madre y su adúltero galán, Egisto, abrieron la cabeza con el hacha, cual los leñadores hacen con el roble. Y ninguna otra mujer en el palacio gime y deplora este crimen, que te hizo sucumbir a ti, padre mío, de un modo tan inicuo y tan deplorable.

Y no cesaré en mis lamentos y en mis amargas quejas, en tanto vea los rayos luminosos de las estrellas y esta claridad del día; no cesaré, cual ruiñón que perdió a sus hijuelos, de lanzar gemidos ante la puerta del palacio paterno, como un eco que todos escuchen: ¡Morada de Hades y de Perséfone,⁹ Hermes infernal,¹⁰ maldición soberana, y vosotras, augustas hijas de los dioses, Erinias, que veis a los criminales asesinos de aquellos a quienes usurparon el lecho, venid, socorredme, vengad la muerte de mi padre y enviadme a mi hermano, pues sola no puedo ya aguantar el peso de esta angustia que me anonada!¹¹

(*Durante las últimas palabras de Electra, el Coro, compuesto de quince mujeres, entra en la escena.*)

CORO.— ¡Oh, Electra, hija de una funesta madre! ¿Por qué, incansable, lanzas tus lamentos incesantes por la suerte de aquel Agamenón que, tiempo ha, preso en

⁷ "Loxias", como Lukeios, era otro nombre que recibía Apolo, en este caso, por la oscuridad de los mensajes.

⁸ Ares, el Marte de los romanos, era el dios de la guerra, que gozaba de la matanza y la sangre.

⁹ Hades era el dios y rey del mundo de los muertos. Había raptado a su sobrina, Perséfone, a quien convirtió en su esposa.

¹⁰ Hermes, el dios mensajero, era considerado el intérprete de la voluntad de los dioses.

¹¹ Las Erinias eran divinidades infernales encargadas de castigar a los parricidas y, en general, a todo aquel que atentara contra el orden social. Eran negras, con la cabellera erizada de serpientes y armadas de antorchas encendidas y de látigos. Tomaban asiento a la puerta de la casa del culpable, a quien acompañaban hasta el infierno, donde continuaban su misión vengadora.

los ardides de tu pérfida madre, fue asesinado traidoramente por la mano de un cobarde! ¡Que ojalá perezca el autor de ese crimen, si me está permitido formular este voto!

ELECTRA.— Hijas de nobles padres, que habéis venido a consolarme en mi dolor. Lo sé, lo comprendo y lo veo; sin embargo, no quiero dejar de llorar a mi desgraciado padre. Por tanto, vosotras que me demostráis vuestra amistad con tantas pruebas, dejadme, ¡ay!, os lo ruego, que me entregue al desvarío de mi pesar.

CORO.— Pero nunca del Hades, laguna que a todos nos espera, harás salir a tu padre ni con sollozos ni con plegarias. Excediéndote más allá de lo debido, para entregarte a un dolor irremediable, te vas consumiendo en lamentaciones interminables en las que no encuentras ningún alivio a tus males. ¿Por qué deseas sufrir?

ELECTRA.— ¡Insensato es el que olvida la muerte lastimosa de sus padres! A mí, en cambio, me alivia el alma la doloridaavecilla, mensajera de Zeus, que canta siempre triste a Itis y siempre llora a Itis.¹²

Infortunada Níobe, a ti te reconozco por diosa verdadera, ya que en la piedra que te sirve de tumba, ¡ay!, lloras perpetuamente.¹³

CORO.— No eres tú, hija mía, la única entre los mortales para quien el dolor apareció; tú te exasperas más que todos los restantes del palacio con quienes tienes paridad de origen y comunidad de sangre; ve cómo viven Crisóstemis e Ifianasa, y el propio Orestes, feliz en su juventud, al abrigo de sufrimientos, al que la tierra ilustre de Micenas, suelo de apátridas, acogerá algún día, noble entre todos, cuando venga a esta tierra bajo la protección benévola de Zeus.

ELECTRA.— A él es a quien sin descanso espero, sin hijos, infortunada, sin esposo, siempre errante, bañada en lágrimas, sumida en un cúmulo de infinitos males, y él se olvida de mis sufrimientos y de mis mensajes. ¿Cuántas noticias, en efecto, no he recibido, desmentidas todas por los hechos? ¡Que siempre añora volver, siempre anhelándolo, pero no se digna aparecer!

CORO.— ¡Valor, hija mía! Todavía es poderoso en el cielo Zeus, que lo ve todo, que todo lo gobierna. Confíale tu doloroso deseo de venganza, y no exacerbes más de lo debido tu irritación contra los que odias, sin que por ello los echés en olvido. El Tiempo es un dios complaciente: en las riberas del Crisa, donde pastan los bueyes, el hijo de Agamenón no te olvida, ni tampoco el dios que reina en el Aqueronte.¹⁴

(Apasionada.)

ELECTRA.— Pero la mayor parte de mi vida ha transcurrido sin lograr mis esperanzas, y mis fuerzas se agotan; me consume la vida sin parientes, sin un amigo que me apoye. Cual extranjera que no tiene derechos, hago oficios de sirvienta en el palacio de mi padre, vestida con míseros trajes, como veis, y como de pie a la mesa en que falta el señor.

CORO.— Lastimero grito se oyó al regreso de tu padre; lastimero fue el grito que se oyó en el lecho del festín, al descargar certero contra él el golpe del hacha de bronce. La traición había sido la consejera; el amor fue el asesino: traición y amor habían antes sembrado la semilla del crimen, que un dios o un mortal ejecutaron.

ELECTRA.— De cuantos días he visto amanecer, fue aquel el más odioso para mí. ¡Oh, noche! ¡Oh, atroces dolores del festín nefando; en que mi padre vio la ignominiosa muerte que sobre él descargarán dos manos cómplices; manos que han esclavizado mi vida, que me han perdido! ¡Ojalá que a esos asesinos el gran dios del Olimpo les inflija en castigo vengador la misma muerte, y que nunca gocen de

¹² Itis era hijo de Teseo, héroe que atacó y deshonoró a Filomela, hermana de su esposa Progne. Las hermanas se vengaron de Teseo sirviéndole para comer partes del cuerpo de su hijo Itis, al que habían asesinado con este propósito. Filomela fue convertida en ruiseñor.

¹³ Níobe, madre orgullosa de sus muchos hijos, declaró una vez que era por ello superior a Leto, madre de Apolo y Artemisa. Estos vengaron a la madre ofendida matando a los hijos de Níobe, que se transformó en roca por el dolor padecido.

¹⁴ El Aqueronte era el río que debían cruzar las almas de los muertos para acceder al mundo subterráneo, donde los antiguos concebían el reino del Hades.

ninguna alegría los autores de tales crímenes!

CORO.— Piensa y modera tus lamentos. ¿Es que no recuerdas lo que te ha traído a la inmerecida y triste situación en que te hallas? Tú misma en ella te has precipitado en parte, con tu tétrico humor e incesantes disputas. Que no conviene suscitar ni mantener desavenencias con los poderosos.

ELECTRA.— ¡Ha sido la desgracia, sí, la desgracia, la que me obligó a ello! Me arrebató, lo reconozco, lo sé; sin embargo, en mi dolorosa situación no pondré término a estos alocados quejidos mientras viva. Para los que ven las cosas como son, ¿quién creará jamás, ¡oh queridas amigas! quién creará que yo pueda oír palabra alguna de consuelo? ¡Dejadme, dejadme, consoladoras amigas! Males como los míos siempre son considerados incurables; jamás veré el fin de mis sufrimientos y jamás cesaré en mis lamentos.

CORO.— Pero por amistad te aconsejo, como una madre abnegada, que no procedas de modo que de tu desgracia nazcan otras calamidades.

ELECTRA.— Pero ¿qué medida hay para mi infortunio? ¿Cómo podría ser justo, decidme, olvidar a los muertos? ¿En qué corazón humano brotó tal sentimiento? No quisiera verme estimada por esas gentes; y aun si gozase de algún bien, que no lo disfrute en paz el día en que, mientras mi padre esté privado de los honores debidos, yo pliegue las alas a mis lamentos. Pues si el muerto ha de permanecer tendido miserablemente, convertido en polvo y nada, y no son castigados debidamente los asesinos, la virtud y la piedad deben desaparecer de entre todos los mortales.

CORIFEO.— Hija mía, movido por tu interés, como si fuera mío, he llegado aquí, si no apruebas mis consejos, tuya es la victoria: todos a una te seguiremos.

ELECTRA.— Me sonroja, mujeres, pareceros, al lamentarme sin cesar, que me abandono a una desesperación exagerada; pero el estado violento en que vivo me obliga a comportarme así; perdonadme. ¿Cómo, en efecto, cualquier mujer bien nacida, no haría lo mismo que yo, cuando estoy viendo que la ignominia de mi casa, cada día y cada noche, lejos de disminuir, se agranda sin cesar ante mis propios ojos? En primer lugar, mi madre, la que me trajo al mundo, se ha convertido en mi peor enemiga; luego, tengo que convivir en mi propio hogar con los mismos asesinos de mi padre; ellos mandan en mí, me dan o me rehúsan lo que necesito. Además, ¿qué días creéis que vivo cuando veo a Egisto sentado sobre el trono de mi padre; cuando veo que lleva las mismas vestiduras que mi padre llevaba, y que hace las libaciones domésticas en el mismo sitio en que a él lo asesinaron, y cuando veo, en fin, como colmo de suprema insolencia, en el lecho de mi padre al que lo mató, con mi mísera madre, si tal nombre merece la que se acuesta con ese hombre? Y ella es lo bastante tranquila para vivir con ese sujeto sin temor a las Furias vengadoras; antes al contrario, como si se burlase de sus crímenes, todos los meses, en el día en que alevosamente mató a mi padre, organiza fiestas y en mensuales sacrificios inmola víctimas a los dioses tutelares. Yo, desgraciada, viendo esto en palacio, derramo lágrimas, me consumo y me lamento sola cuando llega esa fiesta maldita que llaman el "festín de Agamenón"; y aun esto he de hacerlo a escondidas, pues no tengo la libertad de llorar hasta que mi corazón se desahogue y se sienta aliviado; y mi madre, en efecto, esa mujer, a quien se cree tan noble, me injuria y me insulta diciéndome: "Peste odiosa, impía, ¿es que eres tú la única que has perdido a un padre? ¿No hay otras que han sufrido la misma desgracia? ¡Ojalá te mueras, y que a tus llantos no pongan nunca fin los dioses infernales!". Este es el tono de sus insultos; menos cuando oye decir a alguien que Orestes va a volver; entonces, fuera de sí, me lanza en plena cara: "¿No tienes tú la culpa de toda mi desgracia? ¿No fue obra tuya el quitarme a Orestes de las manos, para ponerlo en lugar seguro? Mas no olvides que por ello serás castigada como te mereces". Tales son sus indignas palabras, y mientras, su ilustre esposo, que presencia tales escenas, la azuza en su cólera, ese hombre que no es más que un cobarde en todo, y un ruin malvado que para sus iniquidades se hace ayudar por mujeres. Y yo, esperando siempre que vuelva Orestes para poner fin a estas amarguras, y mientras tanto me consumo, y ante sus continuos retrasos se van desvaneciendo mis esperanzas, de tal modo que ya no me va quedando ni una sola. En tal situación, amigas mías, ni me es posible observar las

reglas de la moderación y de la piedad, porque cuando el daño que nos rodea es grande, se ve uno obligado a obrar mal aun sin quererlo.

CORIFEO.— Dime, ¿nos cuentas todo eso estando Egisto en casa o estando fuera?

ELECTRA.— Ha salido. No creas que yo podría estar aquí fuera si estuviese él en palacio. En este momento se halla en el campo.

CORIFEO.— Entonces, si así es, podremos hablar con más confianza.

ELECTRA.— Pregunta, pues, lo que quieras, ahora que estás segura de su ausencia.

CORIFEO.— Pues pregunto: ¿crees que tu hermano va a venir? ¿crees que te ayudará aún? Quisiera saberlo.

ELECTRA.— Anunciada tiene su llegada; a pesar de ello no hace nada de lo que dice.

CORIFEO.— El hombre, cuando emprende una gran empresa, a menudo vacila.

ELECTRA.— Sin embargo, yo lo salve a él sin vacilar.

CORIFEO.— Ten, pues, confianza: él es noble y acudirá en ayuda de los suyos.

ELECTRA.— Tengo fe en él; de no haber sido así, no hubiera vivido tanto tiempo.

CORIFEO.— Ni una palabra más: veo que del palacio sale aquella que ha nacido de la misma madre y del mismo padre o que tú, tu hermana Crisóstemis, trayendo en las manos ofrendas fúnebres como las que se dedican a los muertos.

(Entra Crisóstemis.)

CRISÓSTEMIS.— ¿Qué lamentos son esos, hermana, que acabas de lanzar a las mismas puertas del vestíbulo? ¿Por qué al cabo de los años, no quieres convencerte de que tu resentimiento es vano y que es inútil que te abandones a él? Yo sé bien cuánto sufro, por lo que al presente nos está pasando, y es tanto, que si tuviese valor para hacerlo, les demostraría los sentimientos que me inspiran. Pero ahora, con tan malos vientos, tengo que navegar arriando las velas y no darles a entender que les hago daño, siendo así que en realidad no hago nada. Esta es la conducta que, aun siendo diferente de la tuya, quisiera yo que tú adoptaras. Cierto es que lo justo no está en lo que yo diga, sino más bien en lo que tú haces. Sin embargo, para no perder mi libertad, me es preciso obedecer a nuestros tiranos.

ELECTRA.— ¡Qué triste es que siendo hija del padre que me engendró te olvides de él, para no pensar más que en la que te trajo al mundo! Ella te ha dictado todos esos consejos que me das; ninguno sale de ti. Pues bien, escoge una de estas dos cosas: o has perdido la razón, o, si la tienes, te has olvidado de los tuyos. ¿No acabas de decir que si tuvieses valor les demostrarías el odio que les tienes? Y sin embargo, cuando yo hago todo para vengar a nuestro padre, tú no solo no me ayudas en nada, sino que haces lo que puedes para disuadirme de mi empeño. ¿Qué es esto, sino cobardía que viene a sumarse a nuestras desgracias? Pues explícame, o mejor dicho, yo te diré lo que yo saldría ganando si cesase en mis lamentaciones. ¿Es que no vivo? Mal, sin duda, lo sé; pero me basta, y con mis lamentos les amargo la vida, y de este modo honro al muerto, si es que es posible que él se regocije en su tumba. Tú que, según dices, tanto los odias, los odias solo de palabra; en realidad, estás con los asesinos de tu padre. En cuanto a mí, aunque me concedieran los privilegios de que estás tan orgullosa, nunca los obedecería: siéntate a mesa rica, lleva una vida regalona; que a mí me basta para vivir no violentar mi corazón. Nada se me da de tu vida regalada, y tú serías como yo si tuvieras sentido. Hoy podrías llevar el nombre de tu padre, el más ilustre de los hombres, y en cambio llevas el de tu madre. Así, tu cobardía será patente a los ojos de todos, ya que has traicionado a tu difunto padre y a tus amigos.

CORIFEO.— No hables con irritación ¡en nombre de los dioses! Lo que decís os sería provechoso a una y a otra si tú te inspirases en sus palabras y ella a su vez en las tuyas.

CRISÓSTEMIS.— Yo, amigas mías, conozco bien su lenguaje; nunca hubiese

dicho una palabra si no me hubiera enterado de que la amenaza una gran desgracia que pondrá fin a todas sus interminables lamentaciones.

ELECTRA.— Bueno; di de una vez qué terrible desgracia es esa; si me descubres una mayor que la que sufro, no tendré nada que decir.

CRISÓSTEMIS.— Voy, pues, a revelarte lo que sé. Ellos, si no cesas en tus lamentaciones, te enviarán a un lugar en donde jamás veas la luz del Sol, vivirás en una caverna, lejos de este país, en donde podrás dar rienda suelta a tus lamentos. Así que reflexiona y no vayas luego a echarme la culpa si algo grave te sucede: ha llegado, pues, el momento de ser razonable.

ELECTRA.— ¿Es cierto que han resuelto hacer eso conmigo?

CRISÓSTEMIS.— Sí; tan pronto como Egisto regrese a palacio.

ELECTRA.— Pues si es eso, que vuelva cuanto antes.

CRISÓSTEMIS.— Pero ¿has perdido el juicio, desgraciada?

ELECTRA.— Que llegue Egisto, si tiene intención de hacer lo que dices.

CRISÓSTEMIS.— ¿Qué esperas sacar con eso? ¿Estás loca?

ELECTRA.— ¿Qué qué espero? Huir de vosotros lo más lejos posible.

CRISÓSTEMIS.— ¡Cómo! ¿No estimas en nada la vida?

ELECTRA.— ¡Buena vida es la mía! ¡Cómo para que cualquiera la estime!

CRISÓSTEMIS.— Pero lo sería si supieras ser razonable.

ELECTRA.— No trates de enseñarme a ser traidora con las personas que me son queridas.

CRISÓSTEMIS.— Yo no te enseño eso, sino a obedecer a los que mandan.

ELECTRA.— Practica tú la adulación; esta no va con mi carácter.

CRISÓSTEMIS.— Sin embargo, no hay derecho a perecer por imprudencia.

ELECTRA.— Pereceré, si es necesario, vengando a nuestro padre.

CRISÓSTEMIS.— Nuestro padre, estoy segura, sería indulgente con mi conducta.

ELECTRA.— Solo los cobardes aprobarán tus palabras.

CRISÓSTEMIS.— ¿No quieres, pues, escucharme y hacer caso a mis consejos?

ELECTRA.— Ciertamente que no; ¡y que los dioses me libren de perder el juicio hasta este punto!

CRISÓSTEMIS.— Me voy, pues, a donde me han enviado.

ELECTRA.— ¿Adónde vas? ¿A quién llevas esas ofrendas?

CRISÓSTEMIS.— Madre me ha enviado a derramar libaciones sobre la tumba de nuestro padre.

ELECTRA.— ¿Qué dices? ¿A la tumba de su enemigo más mortal?

CRISÓSTEMIS.— Al que mató con su mano; ¿no es esto lo que quieres decir?

ELECTRA.— ¿Qué amigo se lo aconsejó? ¿De quién ha partido la idea?

CRISÓSTEMIS.— El miedo que ha pasado esta noche, me figuro yo.

ELECTRA.— ¡Oh dioses paternos, sedme por fin propicios!

CRISÓSTEMIS.— ¿Te inspira alguna confianza ese miedo?

ELECTRA.— Si me dijese lo que ha soñado, hablaría yo después.

CRISÓSTEMIS.— Pero es que no sé nada; poca cosa tengo que contar.

ELECTRA.— De todos modos, dime lo poco que sepas; muchas veces una poquita cosa ha sido suficiente para abatir o exaltar el ánimo.

CRISÓSTEMIS.— Se dice que ha visto que nuestro padre volvía a subir a la luz, y se dirigió hacia ella; que tomó y volvió a clavar en el hogar el cetro, que antes llevaba él y ahora Egisto; que del cetro brotó un retoño robusto que cubrió con su sombra todo el suelo de Micenas. Esto se lo he oído contar a una que estaba presente cuando ella revelaba su sueño a Helios.¹⁵ No sé nada más, sino que me envía a causa de sus temores. En nombre, pues, de los dioses de nuestra familia, te suplico que me obedezcas y que no te pierdas por tu imprudencia; pues si me desatiendes ahora, luego, en la desgracia, tendrás que venir a buscarme.

ELECTRA.— Querida hermana, de todo eso que llevas en las manos no pongas

¹⁵ Helios era el Sol, al que se representaba como un joven muy hermoso con cabellera de oro, en la plenitud de su belleza.

nada en la tumba de nuestro padre; constituiría para ti un sacrilegio ofrecer a nuestro padre los presentes fúnebres de esa odiosa mujer y llevarle sus libaciones. Tíralo todo al aire, o escóndelo bajo tierra, donde jamás nada de ello pueda filtrarse hasta el lecho fúnebre de nuestro padre; que le sirva a ella para cuando muera. Ante todo, si esa mujer no fuese la más imprudente de todas las mujeres, nunca habría tenido la osadía de derramar libaciones en la tumba del mismo a quien asesinó. Reflexiona tú misma y piensa cómo el cadáver, que yace en la tumba, puede aceptar con agrado presentes de la que, no contenta con haberlo matado ignominiosamente, le ató las extremidades de los miembros debajo de los sobacos, como si fuera un enemigo, y a modo de purificación se limpió las manchas de sangre en la cabeza de su víctima. ¿Crees tú que los presentes que llevas podrán absolverla de su parricidio? Es imposible. Tira, pues, esas ofrendas; córtate un rizo de tus cabellos, y con otro de esta desgraciada, ahí tienes el mío también —poco es, pero no tengo otra cosa—, ofrécelo a nuestro padre; llévale, pues, este bucle y también mi pobre cinturón sin adornos. (*Se lo corta y se lo entrega.*) Pídele, cuando te prosternes ante su sepulcro, que desde el seno de la Tierra venga en nuestra ayuda para defendernos contra nuestros enemigos y que su hijo, Orestes, vuelva con su brazo victorioso y se precipite sobre sus adversarios para que en el porvenir podamos coronar su tumba con manos más generosas que hoy lo hacemos. Porque yo creo, sí, yo creo, que es él quien se ha cuidado de enviarle esos siniestros sueños. Por tanto, hermana mía, ayúdame y contribuye a nuestra venganza, la tuya y la mía, y la del más querido de todos los mortales, la del que está acostado en el Hades, de nuestro padre común.

CORIFEO.— La piedad hace hablar así a la joven, y tú, si eres razonable, amiga mía, harás lo que ella te dice.

CRISÓSTEMIS.— Lo haré: pues lo justo no da lugar a discusión entre interlocutores, sino al contrario, no hace más que dar prisa para realizarlo. Sin embargo, de lo que voy a hacer no digáis, amigas mías, ni una palabra, en nombre de los dioses, pues si mi madre se enterase de mi atrevimiento, podría, estoy segura, costarme caro más tarde.

CORO.— Si no soy un necio adivino, si la prudente razón no me ha abandonado, va a llegar la que nos ha enviado ese presagio, Díké,¹⁶ trayendo en sus manos el triunfo de la Justicia. Va a llegar, hija mía, sin tardar mucho. Siento que se despierta en mí la confianza cuando oigo, como hace un momento, el relato de esos sueños favorables. Pues no olvida nada, tu padre el rey de los Helenos, ni tampoco olvida nada la antigua hacha de bronce de doble filo que lo asesinó con su afrentoso y cruel golpe.

Va a llegar con sus mil pies y sus mil manos la que, oculta, siempre está al acecho en terribles emboscadas, la infatigable Erinia, de pies de plomo. Pues esos deseos de amores criminales, adúlteros, homicidas se han adueñado de los que no debían unirse.

Por eso tengo confianza en que ese presagio no será conocido por los asesinos y cómplices sin que tengan que deplorarlo. Porque los hombres no pueden leer el porvenir en los sueños ni en los oráculos, si esta aparición nocturna no se realiza.

¡Oh, carrera dolorosa la que hizo antaño Pélope! ¡Qué fuente de males has sido para este país! Pues desde el día aquel en que Mirtilo, arrojado de la áurea carroza por un indigno ultraje, halló la muerte en el mar, nunca se apartó la desgracia de esta opulenta Casa.¹⁷

(*Entra Clitemnestra acompañada por una esclava que trae una cesta de frutas.*)

CLITEMNESTRA.— ¿Estás aquí tú? Y como siempre, errando de aquí para allá, denigrando a los tuyos. Bien se ve que Egisto, que es quien siempre te impide salir, no está aquí, y como hoy está ausente, ningún caso haces de mí. A pesar de que tantas

¹⁶ Los antiguos griegos concebían varias divinidades que representaban al destino. Entre ellas estaba Díké, diosa de la Justicia y hermana de las Horas.

¹⁷ En **Puertas de acceso** se relata la maldición que pesa sobre la familia de Electra.

veces, y a tantas gentes vienes repitiendo que te trato con dureza y con injusticia y hago escarnio de ti y de todo lo tuyo, no te tengo rencor; y si alguna vez soy violenta, es porque no cesas de decir mal de mí y me veo forzada a responderte. Pretendes, y ese es el único y perpetuo tema de tus agravios, que tu padre fue muerto por mi mano. Por mi mano, sí; es cierto; y no lo niego. Díké (la Justicia), en efecto, lo condenó a muerte, y no yo solamente; Díké, cuya causa deberías defender si por ventura tuvieses un poco de cordura. Ese hombre, en efecto, tu padre, cuya suerte no cesas de lamentar, fue el único, entre todos los griegos, que tuvo la crueldad de sacrificar a los dioses a tu propia hermana,¹⁸ no había sufrido tanto él en engendrarla como yo al ponerla en el mundo. Dejemos eso. Dime, pues, ¿por qué razón, y para qué gentes la sacrificó? Me dirás que fue para los argivos; pero ¿qué derecho tenía él para matar a mi hija? Y si me la mató, en vez de matar a la suya su hermano Menelao ¿no debía darme satisfacción por ello? ¿No tenía dos hijos Menelao? ¿No les tocaba a ellos, y no a mi hija, morir, puesto que habían nacido de un padre y de una madre por cuya causa se llevaba a cabo aquella expedición? ¿Es que Hades tenía hambre de mis hijos y prefería devorar a los míos en vez de devorar a los de Helena? ¿O es que tu malvado padre había llegado a perder todo el amor que tenía a mis hijos y lo conservaba solo para los de Menelao? ¿No es acaso esto propio de un padre criminal e insensato? Tal es mi sentir, aunque pienses tú lo contrario; y la que murió, también sería de mi parecer si fuese posible que recobrara la voz. No tengo, pues, remordimientos de lo que he hecho, y si, según tú, no tengo razón, empieza tú por ser justa y entonces podrás acusar a los demás.

ELECTRA.— Esta vez no dirás que empecé yo a ultrajarte y que tú no has hecho más que contestarme. Pero, si me lo permites, yo te diría la verdad de lo que ocurrió con relación al muerto y a mi hermana.

CLITEMNESTRA.— Sea; te lo permito: si siempre comenzases en este tono, no exasperarías a los que te escuchan.

ELECTRA.— Pues bien, voy a hablarte. Acabas de reconocer que mataste a mi padre; ¿puede haber una confesión más ignominiosa que esta, lo hicieses con razón o sin ella? Ahora bien, te voy a demostrar que no lo mataste con justicia, sino inducida por sugestión del hombre criminal con quien convives hoy. Pregunta a Artemisa cazadora por qué había ella parado todos los vientos en Áulide, o mejor dicho, te lo voy a decir yo, pues por ella no es posible que lo sepas.¹⁹ Un día, según se cuenta, mi padre se distraía en un bosque consagrado a la diosa, cuando el ruido de sus pasos hizo que se levantase un animal moteado cornudo, un ciervo, de cuya muerte se envaneció profiriendo algunas palabras jactanciosas que se le escaparon. Irritada por ello la hija de Latona, retuvo a los aqueos hasta que mi padre sacrificase a su propia hija en compensación del animal. Tal fue el sacrificio de Ifigenia, pues no había otro medio para que el ejército volviese a sus hogares o continuara su marcha contra Ilión. Por estas razones, y contrariado y tras prolongada resistencia, sacrificó, muy a pesar suyo, a su hija y no por complacer a Menelao. Pero aunque hubiera sido por esto último, como tú dices, y lo hubiese hecho por hacer un favor a su hermano, ¿tenías tú por qué matarlo a él? ¿Con qué derecho? Mira que si promulgas esta ley entre los mortales, decretas tu propio castigo y tu sanción; porque, si con la muerte se ha de castigar a quien mata, has de morir tú la primera si se te aplica la pena que mereces con arreglo a esa justicia. Pero reflexiona y verás que alegas un pretexto falso. ¿Puedes decirme en virtud de qué motivos te entregas hoy a los actos más vergonzosos que darse puede viviendo con un malvado que te ayudó entonces a matar a mi padre, le das hijos y destierras a los que ya tenías, aunque sean honrados y hayan nacido de legítimo matrimonio? ¿Cómo es posible que yo apruebe tu proceder? ¿Dirás que obras así para vengar a Ifigenia? En todo caso no la vengas sin ignominia, ya que es infamante desposarse con un enemigo por causa de una hija. Pero ni siquiera es posible darte un consejo, porque enseguida gritas por todas partes

¹⁸ Se refiere a Ifigenia, historia sobre la que hay información en **Puertas de acceso**. Electra da su versión sobre la muerte de su hermana pocas líneas más adelante.

¹⁹ Artemisa, la Diana de los romanos, era la hermana gemela de Apolo, hijos ambos de Zeus y Latona. Diosa de la caza y de los bosques, era sumamente vengativa.

que injurio a mi madre. ¿Tú mi madre? Más bien eres una dueña tiránica para mí, que arrastro una existencia dolorosa entre injustos sufrimientos con los que continuamente me abrumáis tú y tu cómplice. Y entre tanto, en el destierro, después de haber escapado de tus manos, el desgraciado Orestes lleva una vida miserable. A menudo me reprochas que yo lo crié para castigo tuyo. Si pudiera hacerlo, lo haría, sábelo. Y ahora, oído esto, publica ante todos, si así te place, que soy mala, violenta, desvergonzada; que si en todo eso sobresalgo, en nada deshonro, creo yo, la sangre que de ti he recibido.

CORIFEO.— La veo dando rienda suelta a su cólera; pero ¿tiene razón para entregarse así a su resentimiento? Esto ya no se tiene en cuenta.

CLITEMNESTRA.— Y ¿por qué voy a tener miramientos con esta, cuando dirige tales ultrajes a su madre, y esto a la edad que tiene ahora? ¿No crees que se dejaría arrastrar, sin avergonzarse, a todas las violencias?

ELECTRA.— Has de saber que me avergüenzo de todo lo que hago, aunque tú no lo creas. Sé muy bien que mi conducta no es propia ni de mi edad ni de mi condición. Pero el odio que me inspiras, y la conducta que llevas, me obligan a proceder así bien a pesar mío, ya que ante ejemplos vergonzosos uno aprende a conducirse vergonzosamente.

CLITEMNESTRA.— ¡Criatura deslenguada! ¿Conque soy yo, son mis palabras y mis actos, los que te fuerzan a hablar tan imprudentemente?

ELECTRA.— Eres tú misma la que hablas por mi boca y no yo; son tus acciones y tus obras las que hacen brotar mis palabras.

CLITEMNESTRA.— Pues yo te juro, por Artemisa vengadora, que tu insolencia no ha de quedar impune en cuanto vuelva Egisto.

ELECTRA.— ¿Lo ves? Me habías concedido hablar con toda libertad; pero la cólera te domina y no sabes escuchar.

CLITEMNESTRA.— ¿No me dejarás entonces sacrificar sin clamores siniestros, porque te he permitido decirlo todo?

ELECTRA.— Te dejo libre; sacrifica, te exhorto a ello; no me echas la culpa a mí; no añadiré una palabra más.

CLITEMNESTRA (*Dirigiéndose a una sirvienta.*).— Toma esas ofrendas de diversas frutas, mujer que me acompañas a dirigir a ese ser todopoderoso plegarias que me libren de los temores que siento. "Escucha, Febo protector, mi tácita súplica;²⁰ no me dirijo a ti entre amigos (y es conveniente no descubrir todo a la luz, en presencia de esta mujer que movida por su odio en iría esparciendo por toda la ciudad con torrentes de palabras y desatada lengua falsos rumores). Óyeme, pues, así, lo mismo que yo te hablo. Las visiones que tuve esta noche, en sueños ambiguos, si son presagios favorables, rey de Licia, haz que se cumplan; pero si son funestos, vuélvelos contra mis enemigos. Y si alguien proyecta despojarme pérfidamente de la opulencia en que vivo, no lo permitas; por el contrario, dame una vida siempre próspera y concédeme seguir siendo señora de este palacio y dueña del cetro de los Atridas, viviendo días felices con los amigos que hoy comparten mi vida y con aquellos de mis hijos que no tienen para mí ni desamor ni rencores.

Estos votos, Apolo Licio, óyelos con benevolencia y recíbelos favorablemente para todos nosotros, como te lo pedimos. Lo demás, aun a través de mi silencio, yo sé, pues eres dios, que tú lo entiendes totalmente: a los hijos de Zeus es natural que no se les oculte nada."

(*Entra el Preceptor, disfrazado de mensajero.*)

PRECEPTOR.— Extranjeros: ¿cómo podré saber si es este el palacio del rey Egisto?

CORIFEO.— Este es, en efecto; tú solo lo has adivinado.

PRECEPTOR.— ¿Tengo razón para suponer que esta que está aquí es su esposa? Al verla se diría que es una reina.

²⁰ Febo era otro nombre con que se conocía a Apolo. Se lo llamaba también rey de Licia.

CORIFEO.— Efectivamente, ante ti está.

PRECEPTOR.— Salud, reina; vengo, de parte de una persona que te estima, a traerte, lo mismo que a Egisto, agradables noticias.

CLITEMNESTRA.— Acepto tu saludo, pero ante todo desearía saber quién te envía.

PRECEPTOR.— Fanoteo de Fócida me encarga de una misión grave.

CLITEMNESTRA.— ¿Cuál es, extranjero? Habla; viniendo de un amigo, no me anunciarás, así lo espero, odiosas noticias.

PRECEPTOR.— Orestes ya no existe. Este es el asunto en pocas palabras.

ELECTRA.— ¡Ay! ¡Desgraciada de mí! ¡Todo ha acabado para mí hoy!

CLITEMNESTRA.— ¿Qué dices? ¿Qué dices, tú, extranjero? ¡No hagas caso de esa mujer!

PRECEPTOR.— Orestes ha muerto; te lo repito por segunda vez.

ELECTRA.— ¡Estoy perdida! ¡Todo se acabó para mí!

CLITEMNESTRA.— Cuidate de lo que te importe; pero a mí, extranjero, dime la verdad. ¿Cómo murió?

PRECEPTOR.— A eso he venido y te lo contaré todo. Cuando llegó a esas famosas fiestas, que son el honor de la Hélade, para disputar los premios delficos, y cuando oyó al heraldo anunciar con voz sonora la carrera con que dan comienzo los juegos, entró en la lid ganándose la admiración de todo el mundo. Terminada la prueba alcanzó el glorioso laurel de la victoria, como se esperaba de su bizarría; y para decirte mucho en pocas palabras, solo te diré que nunca había visto yo tantas proezas y tanto arrojo en varón alguno. Únicamente te diré una cosa: en todos los certámenes que anunciaron los jueces, ya de carreras dobles, ya de las cinco pruebas de que se compone comúnmente el quinquercio, en todas se llevó los premios; todos alababan su suerte; se decía que era hijo de Argos, que se llamaba Orestes, que era hijo de Agamenón, el estratego que antaño había mandado al brillante ejército de la Hélade. Así pasaron las cosas, pero cuando un dios nos quiere mal, no podría uno librarse de él por más fuerte que sea. Al día siguiente, cuando al levantarse el Sol tenía efecto el certamen de los carros, entró en la arena con numerosos competidores. Había uno de Acaya; otro de Esparta; dos conductores, en pie sobre sus carros, eran libios; el quinto de ellos, y con yeguas de Tesalia, era Orestes; el sexto, con corceles alazanes, era uno de Etolia; el séptimo era un hombre de Magnesia; el octavo, con un tiro de caballos blancos, era natural de Enia; el noveno llegaba de Atenas, la ciudad que los dioses han construido; otro, un beocio que montaba el décimo carro. Inmóviles en el lugar que los jueces les habían señalado después del sorteo, y alineados sus carros, al vibrar en el aire el sonido del broncíneo clarín, se lanzaron a la carrera; a porfía animaban con sus voces a sus corceles, sobre cuyos lomos sacudían las riendas; toda la carrera retumbaba con el fragor de los carros; una nube de polvo flotaba en el aire; todos juntos, formando una masa confusa, no escatimaban el aguijón para sobrepasar los ejes de los demás, y sus corceles, enardecidos, despedían en sus anhelantes resoplidos copos de espuma que volaban sobre los conductores y sobre las ruedas de los carros. Orestes, al llegar al pie de la última meta, al templar el tiro, casi la rozaba con el eje, aflojaba las riendas al caballo exterior de la derecha, reteniendo al de la izquierda que rozaba el hito. Hasta aquel momento todos los carros se mantenían aún en pie, cuando los caballos del de Enia, desbocados, lo arrastran con violencia y volviéndose atrás en el punto en que acababan de dar la sexta carrera y empezaban ya la séptima, chocan de frente contra el carro del barceo. Entonces, por culpa de uno solo, se atropellan y embisten unos con otros, vuelcan y la llanura entera de Crisa se llena de los restos de aquel naufragio ecuestre. Pero el hábil auriga ateniense se percató del hecho, y, desviándose hacia fuera, vira a un lado para dejar pasar el confuso tropel de carros y caballos que ruedan por la arena. Venía Orestes el último porque había ido conteniendo a sus yeguas a la zaga de los otros, poniendo todas sus esperanzas en la última vuelta de la carrera. Al ver que no le queda más que un adversario, restalla su látigo con un ruido seco junto a las orejas de sus veloces yeguas; persigue a su rival y los dos carros corren emparejados; las cuadrigas consiguen, tan pronto una, tan pronto otra, pasarse una cabeza. Erguido en el pescan-

te de su carro, había ya dado el infortunado Orestes todas las vueltas, cuando, por no retener lo bastante la rienda izquierda, en el momento en que el animal tomaba la vuelta, sin darse cuenta, chocó con el borde de la meta: rómpese el eje por el medio, resbala del carro el joven, se enreda en las largas correas de las riendas, cae a tierra y sus caballos continúan por el centro de la pista una carrera desenfrenada. La concurrencia, al ver su caída, lanza un unánime grito de dolor, deplorando que aquel mancebo, tras tantas proezas, viniera a tener un fin tan desastroso, arrastrado por el suelo con las piernas a veces proyectadas en el aire, hasta que al fin otros aurigas consiguieron con gran trabajo detener a sus caballos y lo desembarazaron de las riendas: tan maltrecho y cubierto de sangre estaba, que ninguno de sus amigos, al verlo, hubiera reconocido su desfigurado cadáver.

¡Se lo quemó enseguida en la pira, y ahora el cuerpo de aquel tan grande héroe no es más que miserables cenizas que en una pequeña urna de bronce traen unos focenses, que tal comisión han recibido, para que le den una tumba en la tierra paterna. He aquí cómo ha sucedido todo: triste relato sin duda para el que lo oye, pero el más doloroso para cuantos la desgracia presenciamos,

CORIFEO.— ¡Ay! ¡Ay! ¡Toda la generación de nuestros antiguos reyes queda, pues, aniquilada hasta la raíz!

CLITEMNESTRA.— ¡Oh, Zeus! ¿Qué decir? ¿Es una dicha, es una desgracia, lo que me sucede? ¿Acaso una desgracia provechosa? Sin embargo, ¡qué tristeza tener la vida a salvo a expensas de los propios lutos!

PRECEPTOR.— ¿Por qué, mujer, te sientes tan abatida ante mi relato?

CLITEMNESTRA.— ¡Qué cosa más extraña ser madre! ¡Hasta cuando una es ultrajada no puede odiar a sus hijos!

PRECEPTOR.— Inútil decepción, a lo que parece, ha sido mi venida.

CLITEMNESTRA.— Ni decepción ni inútil; ¿cómo puedes decir esto si me traes pruebas ciertas de la muerte del que, nacido de mi propia vida, rechazó mi seno y mi regazo para vivir en el extranjero, en el destierro, y desde que salió de este país no me ha vuelto a ver, aunque ha seguido siempre acusándome de la muerte de su padre y amenazándome con terrible venganza; de tal modo que ni de día ni de noche el dulce sueño cerraba mis ojos, y el Tiempo, dueño de cada uno de nuestros actos, me guiaba siempre de la mano como si me condujese a la muerte?

Pero desde ahora me has liberado del temor que me inspiraban él y su hermana —pues esta, en efecto, era la mayor calamidad que en esta casa tenía, siempre ahíta de beber hasta la última gota de mi sangre—. Pero ya desde hoy y en adelante libre de sus amenazas, veré transcurrir mis días tranquila.

ELECTRA.— ¡Ay! ¡Infeliz de mí! ¡Ahora sí que hay que lamentar tu infortunio, Orestes, ya que hasta muerto eres insultado por tu propia madre! Pero de todos modos, ¿no es mejor así?

CLITEMNESTRA.— Para ti, no; pero él está ya bien donde se encuentra.

ELECTRA.— ¡Oye, Némesis, divina venganza del que acaba de morir!

CLITEMNESTRA.— Oyó lo que tenía que oír, y lo ha cumplido perfectamente.

ELECTRA.— Insulta, pues, ya que por ahora la suerte te favorece.

CLITEMNESTRA.— Suerte que ni Orestes ni tú podríais echar por tierra.

ELECTRA.— Abatidos estamos para siempre, muy difícilmente podremos abatirte.

CLITEMNESTRA.— Tu llegada, extranjero, merecería todo género de recompensas si con ello se lograra atajar a esta en sus ruidosos clamoros

PRECEPTOR.— ¿Puedo, pues, retirarme si ya quedas enterada?

CLITEMNESTRA.— De ningún modo, pues no serías tratado como corresponde a mi dignidad y merece el amigo que te envió. Entra en palacio; a ella déjala fuera, que siga pregonando sus desgracias y las de sus amigos.

(Sale Clitemnestra con el Preceptor.)

ELECTRA.— ¿Creéis, vosotras, que se va apenada y dolorida? ¿Habéis visto lo mucho que ha llorado y lamentado, la miserable, la triste muerte de su hijo? Al

contrario, se ha marchado riendo. ¡Qué infortunada soy! Querido Orestes, ¡qué perdida me dejas con tu muerte! Te vas y me arrancas del corazón las únicas esperanzas que me quedaban: verte volver lleno de vida para vengar a tu padre, para vengarme a mí, desgraciada. Y ahora, ¿adónde puedo ir? Me encuentro sola, sin ti, sin mi padre. ¿Habré de continuar siendo esclava de estos seres, los más odiados en el mundo, estos asesinos de mi padre? ¡Qué bonita existencia! No, de ahora en adelante no quiero seguir compartiendo su techo; aquí, en esta puerta, abandonada, sola, sin amigos, dejaré que se agoste mi vida; y si a alguno de los del palacio le molesta verme así, que me mate; será un bien que me hará; pues si he de vivir siempre triste, no tengo ningún deseo de vivir.

CORO.— ¿Dónde están, pues, los rayos de Zeus? ¿Dónde está el refulgente Helios, si ven todo esto y lo pasan por alto tan impasibles?

ELECTRA.— ¡Ah! ¡Ah! ¡Ay!

CORO.— Hija mía, ¿por qué lloras?

ELECTRA (*Con un gesto de desesperación.*).— ¡Ah, dioses!

CORO.— No grites así tan fuerte.

ELECTRA.— ¡Vas a matarme!

CORO.— Pero ¿cómo?

ELECTRA.— Sí quieres que tenga esperanzas en los que naturalmente ya han descendido al Hades, no harás otra cosa que exasperar más aún el dolor que me anonada.

CORO.— Sé que un rey, Anfiarao, se vio privado de la luz por la seducción que un collar de oro produjo en una pérfida mujer, y ahora bajo tierra...

ELECTRA.— ¡Ah! ¡Ah! ¡Ay!

CORO.— ...está reinando lleno de vida.²¹

ELECTRA (*Con el mismo gesto que en la frase anterior.*).— ¡Ay dioses!

CORO.— Gimes con razón, pues aquella mujer perniciosa...

ELECTRA.— Halló la muerte.

CORO.— Sí.

ELECTRA.— Lo sé, lo sé; pero ella encontró quien vengara a su víctima; yo, en cambio, no tengo a nadie, pues el que todavía me quedaba me ha sido arrebatado y ya no existe.

CORO.— ¡Desgraciada eres entre todas las mujeres!

ELECTRA.— Lo sé; mejor que nadie lo sé a fuerza de padecer estos continuos y terribles sufrimientos.

CORO.— Bien sé por qué te lamentas.

ELECTRA.— Pues no trates de consolarme en mi duelo, ya que...

CORO.— ¿Qué quieres decir?

ELECTRA.— Que el apoyo en que sostenía mis esperanzas, mi noble hermano, ha desaparecido.

CORO.— Todos los mortales están destinados a morir.

ELECTRA.— Pero ¿destinados a morir en certámenes de ágiles animales, enredándose, como ese infortunado, en las largas riendas?

CORO.— La catástrofe era imprevisible.

ELECTRA.— Nada más cierto. En tierra extraña, sin la ayuda de mis manos...

CORO.— ¡Ay!

ELECTRA.— ...descansa y no fue sepultado ni llorado por mí.

(*Crisóstemis entra corriendo y alborozada.*)

²¹ Anfiarao era adivino y gran guerrero. Se casó con Erifila, hermana de Adrasto, quien tenía rencor contra Anfiarao porque este había matado a su padre. Una condición fue impuesta al matrimonio por Adrasto: si alguna vez Anfiarao y él tenían algún problema, aceptarían ambos el veredicto de Erifila sobre el caso. Adrasto quería llevar a cabo una lucha por el poder en Tebas y Anfiarao, sabiendo de antemano el fracaso del intento, se niega a ayudarlo. Erifila, seducida por un collar que le regalaron los tebanos que querían realizar aquella lucha, arbitra la discusión entre su esposo y su hermano a favor de este. Anfiarao muere en la lucha en Tebas.

CRISÓSTEMIS.— La alegría, querida hermana, me enajena de tal modo que olvido los buenos modales, y llego corriendo: te traigo la felicidad y el fin de los males que te agobian y te hacen gemir.

ELECTRA.— ¿De dónde podrías encontrar alivio a mis dolores que son irremediables?

CRISÓSTEMIS.— Orestes está aquí; cree mis palabras; es tan evidente como que me estás viendo.

ELECTRA.— Pero ¿es que te has vuelto loca, desgraciada? ¿Tomas a broma tus desgracias y las mías?

CRISÓSTEMIS.— ¡No, por el hogar paterno! No lo digo para insultar tu dolor, sino que te aseguro que él ha vuelto a nosotras.

ELECTRA.— ¡Infortunada! Y ¿quién te lo ha dicho para que lo creas con tanta seguridad?

CRISÓSTEMIS.— Yo, yo sola; he visto pruebas evidentes y estoy bien convencida.

ELECTRA.— ¿Qué pruebas has visto, desgraciada? ¿Qué has podido ver para que haya prendido en ti esa insensata alegría?

CRISÓSTEMIS.— Por los dioses, escúchame, y entonces sabrás si tienes que decir de mí que estoy en mi sano juicio o que estoy loca.

ELECTRA.— Habla, pues, si en ello encuentras algún placer.

CRISÓSTEMIS.— Te diré, pues, todo lo que he visto. Cuando llegué a la antigua sepultura de nuestro padre, divisó regueros de leche recientemente vertida sobre la tumba, y está festoneada de toda clase de flores. Sorprendida ante ese espectáculo, miré en torno de mí, por ver si alguien se me acercaba. Como todo el lugar estaba tranquilo, me aproximé más a la tumba; encima encontré un mechón de cabellos recién cortados. Al verlo, infeliz de mí, se presentó a mi mente una imagen siempre familiar: el rostro inolvidable del ser a quien más amo en el mundo, Orestes; aquello era una prueba de su llegada. Tomo esas ofrendas en mis manos; reprimo toda palabra de mal agüero; la alegría inundó de lágrimas mis ojos. Ahora, como hace un rato, estoy convencida de que esa ofrenda no puede ser de otro más que de él. ¿Quién, sino tú o yo, podía haberla puesto? Sé muy bien que ni tú ni yo lo hemos hecho. ¿Cómo podrías haberlo hecho tú, ya que para rezar a los dioses no tienes derecho de salir de palacio? No es tampoco a mi madre a quien pudiera habersele ocurrido semejante pensamiento, ni sería capaz ella de ocultarlo si lo hiciera. De modo que esas ofrendas son de Orestes. Vamos, querida hermana, ten valor. No siempre los hombres viven sometidos a la influencia de la misma divinidad. Esta, antes nos ha sido hostil; pero, a partir de hoy, seguramente se nos va a mostrar favorable.

ELECTRA.— ¡Ay! ¡Cuánto tiempo hace que estoy sintiendo compasión por tus desvaríos!

CRISÓSTEMIS.— ¿Cómo?, ¿lo que te estoy diciendo no te alegra?

ELECTRA.— Ni sabes lo que pasa ni sabes lo que dices.

CRISÓSTEMIS.— ¿Cómo no voy a saber lo que he visto claramente?

ELECTRA.— Él ha muerto, pobrecita; las esperanzas que en él habíamos puesto hay que abandonarlas; no vuelvas, pues, a él tus ojos.

CRISÓSTEMIS.— ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy! ¿Por quién lo has sabido?

ELECTRA.— Por uno que se hallaba junto a él cuando pereció.

CRISÓSTEMIS.— ¿En dónde está ese hombre? ¡Me dejas muerta!

ELECTRA.— En palacio; su llegada ha alegrado a nuestra madre en vez de entristecerla.

CRISÓSTEMIS.— ¡Ay, infeliz de mí! Pero, entonces, ¿de quién pueden ser esas numerosas ofrendas en torno de la tumba de nuestro padre?

ELECTRA.— Se me ocurre ahora pensar que lo más probable será que alguien las llevó allí después de la muerte de Orestes, como recuerdo.

CRISÓSTEMIS.— ¡Oh! ¡Qué desgraciada! Tan alegre como venía yo con esas noticias, ignorante de la terrible fatalidad en que nos encontramos, y he aquí que a mi llegada veo que nuestros anteriores males han aumentado aun con otros nuevos.

ELECTRA.— Así es a tus ojos; pero si me escuchas, vamos a encontrar alivio a

los males que actualmente pesan sobre nosotras.

CRISÓSTEMIS. — ¿Es que voy a poder resucitar a los muertos?

ELECTRA.— No es eso lo que quiero decir; no estoy tan loca.

CRISÓSTEMIS. — ¿Qué me mandas que yo sea capaz de hacer?

ELECTRA.— Que te atrevas a efectuar lo que te voy a proponer.

CRISÓSTEMIS.— SI ello es útil, no rehusaré hacerlo.

ELECTRA.— Piénsalo bien: que nada se consigue sin trabajos.

CRISÓSTEMIS.— Lo sé, y te ayudaré en la medida de mis fuerzas.

ELECTRA.— Escucha, pues, lo que estoy decidida a hacer. Sabes, como yo me imagino, que no tenemos ya ni uno solo de nuestros amigos, que Hades nos los quitó y se los llevó y hemos quedado completamente solas de ahora en adelante. Yo, mientras oía decir que mi hermano vivía en pleno vigor, tenía la esperanza de que vendría un día en persona a vengar la muerte de nuestro padre. Ahora que no existe, vuelvo mis ojos a ti para que no vaciles, con la ayuda de tu hermana, en matar al autor del asesinato de nuestro padre, a Egisto; es menester que no te esconda nada. ¿Hasta cuándo permanecerás en la inacción? ¿A qué esperanza que se tenga en pie puedes mirar? No te queda más que llorar, despojada de la rica herencia de nuestro padre; no nos queda nada más que ir envejeciendo, llorando siempre, como lo hemos venido haciendo hasta ahora; sin himeneo,²² sin vida conyugal. Y no esperes lograrla algún día. Egisto no es hombre lo bastante cándido para permitir que nazca nadie de tu sangre o de la mía, puesto que eso sería un grave conflicto para él. Si, por el contrario, sigues mis consejos, ante todo tendrás el piadoso agradecimiento que desde allí abajo te demostrarán nuestros difuntos padre y hermano; en segundo lugar, volverás a ser libre para siempre, como el día en que naciste, y lograrás una unión digna de ti; que todos los ojos se vuelven a los que dan pruebas de virtud. ¿No ves qué gloriosa fama se extenderá sobre ti y sobre mí si me escuchas? ¿Qué ciudadano, qué extranjero, viéndonos, no nos acogería con alabanzas? "Mirad a esas dos hermanas, amigos míos", dirán, "que libraron de la ignominia la Casa paterna y que cuando sus enemigos se hallaban pujantes, ellas, con desprecio de sus propias vidas, les dieron muerte: hay que amarlas; hay que venerarlas; en las fiestas, en las asambleas plenarias de la ciudad, todos las honran por su varonil conducta". He aquí lo que todo el mundo dirá de nosotras, tanto en vida como después de nuestra muerte: la gloria nunca nos faltará. Vamos, querida hermana, obedece, acude en socorro de tu padre; presta ayuda a tu hermana; pon término a mis desgracias y a las tuyas, convencida de que es un oprobio para gentes bien nacidas llevar una vida vergonzante.

CORIFEO.— En tales circunstancias, tanto para la que habla como para la que escucha, la prudencia es una aliada.

CRISÓSTEMIS.— En efecto, y si esta no tuviese la mente extraviada, antes de hablar hubiera tenido cuidado de guardar esta circunspección. Porque, ¿dónde has podido dirigir tu vista para armarte a ti misma de tamaña audacia e invitarme a ayudarte? Pero ¿es que tú ni lo ves? Has nacido mujer y no hombre; tu brazo tiene menos fuerza que el de tus adversarios. La suerte continúa siéndoles favorable día a día; de nosotras, por el contrario, se va apartando y ha quedado reducida a la nada. ¿Quién que se atreviese a matar a un hombre como Egisto saldría del trance sin tener que llorar su desventura? Ten cuidado, no sea que nuestra vida tan llena ya de miserias se vea recargada con otras nuevas y mayores si alguien te oyese lo que acabas de decir. No nos ha de servir de nada, no nos ha de ser de ninguna utilidad el adquirir una reputación gloriosa para morir en la ignominia. No es la muerte lo que espanta, sino el que cuando se la llama no puede uno obtenerla. Te lo suplico pues, antes de que nuestra pérdida esté enteramente consumada, antes de exterminar nuestra raza, modera tu resentimiento. Tus palabras las guardaré dentro de mí como si no las hubieses ni pronunciado ni imaginado, pero tú vuelve por fin a la razón, y ya que eres débil, cede ante los que mandan.

CORIFEO.— Déjate persuadir: la previsión y el espíritu prudente son para los

²² Casamiento, boda.

seres humanos bienes muy provechosos.

ELECTRA.— No has dicho nada que no esperase de ti, y de sobra sabía que rechazarías mis planes. Será, pues, con mi propia mano, seré yo sola la que ejecutaré ese acto, porque te aseguro que no quedará sin realizar.

CRISÓSTEMIS — ¡Ay! ¡Pluguiera a los dioses que cuando sucumbió nuestro padre hubieras tenido estos mismos sentimientos, pues entonces habrías podido cumplirlos todos!

ELECTRA.— Los tenía en el fondo de mí misma; pero entonces mi espíritu carecía de fuerza.

CRISÓSTEMIS.— Procura, pues, que continúe así durante toda tu vida.

ELECTRA.— Como está visto que no piensas ayudarme, me das consejos.

CRISÓSTEMIS.— Una mala empresa lleva naturalmente consigo un mal éxito.

ELECTRA.— Te envidio por tu prudencia y te odio por tu cobardía.

CRISÓSTEMIS.— Espero que algún día te oiga alabarme.

ELECTRA.— Eso no ocurrirá nunca.

CRISÓSTEMIS.— El tiempo es bastante largo para decidir respecto de esto.

ELECTRA.— Vete; en ti no encuentro ninguna ayuda.

CRISÓSTEMIS.— La encuentras; lo que pasa es que no quieres oírme.

ELECTRA.— Vete y cuéntaselo todo a tu madre.

CRISÓSTEMIS.— No te odio hasta ese punto.

ELECTRA.— Mira a qué grado de deshonra me quieres llevar.

CRISÓSTEMIS.— De deshonra no, sino de previsión de tu honra.

ELECTRA.— ¿Es que tengo yo que aprobar lo que a ti te parece justo?

CRISÓSTEMIS.— Cuando seas tú la razonable, por ti nos guiaremos las dos.

ELECTRA.— Verdaderamente es extraño que quien tan bien habla proceda de modo tan equivocado.

CRISÓSTEMIS.— Precisamente acabas de definir muy bien el error en que has caído.

ELECTRA.— ¿De modo que lo que yo te propongo no es justo?

CRISÓSTEMIS.— Hay casos en los que la justicia trae males.

ELECTRA.— Me niego a vivir al amparo de leyes semejantes.

CRISÓSTEMIS.— Si haces lo que has dicho, me darás la razón.

ELECTRA.— Pues ten la seguridad de que lo haré, aun a pesar de tus miedos.

CRISÓSTEMIS.— Pero ¿de veras? ¿No cambiarás de parecer?

ELECTRA.— No; y conste que tu actitud cobarde es lo que encuentro más odioso.

CRISÓSTEMIS.— ¿Entonces no apruebas nada de lo que te estoy diciendo?

ELECTRA.— Mi resolución está tomada desde hace mucho tiempo, no es de ayer.

CRISÓSTEMIS.— Me voy, pues ni tú podrías aplaudir mis palabras ni yo tu conducta.

ELECTRA.— Pues bien, vete. Nunca me dejaré guiar por ti, por más que lo desees. Que es el colmo de la demencia perseguir un imposible.

CRISÓSTEMIS.— Pues si encuentras que tienes razón, sigue con tus ideas; cuando te veas en la desgracia, ya me darás la razón.

(Sale Crisóstemis.)

CORO.— ¿Por qué vemos en los aires a los pájaros más inteligentes preocuparse del alimento de quienes les dieron la vida y criaron, y por qué nosotros no nos cuidamos de pagar en justo retorno esas mismas deudas con iguales atenciones? Mas, por el rayo de Zeus, por la celeste Temis, los ingratos no tardarán mucho en ser castigados. ¡Oh, Fama pregonera, que llegas bajo tierra en donde están los muertos, haz que retumbe ante los Atridas en el Hades una voz gemebunda, y anúnciales lamentables querellas! Diles que en su hogar, hoy, la vida doméstica amenaza ruina, que entre sus hijas ha surgido un desacuerdo que no permite la amistosa convivencia; que traicionada, abandonada y sola, Electra, sacudida por la

tempestad, está a punto de zozobrar; gime sin cesar la desgraciada por la muerte de su padre como un quejumbroso ruiseñor, sin que el morir la preocupe, predispuesta a no ver más luz con tal de tomar doble venganza. ¿Quién puede ofrecer tal nobleza de alma?

Ningún ser noble, aunque viva en la desgracia, consiente en manchar su gloria, en perder toda su fama; por eso tú, hija mía, has preferido una vida llena de lágrimas y te has armado contra el crimen, a fin de obtener este doble elogio: ser proclamada hija prudente y valerosa. Ojalá puedas en tu vida dominar de tal modo a tus enemigos por el poder y la riqueza, como sometida estás hoy a su fuerza. Veo que no gozas de un destino feliz, a pesar de que sigues las más altas leyes de la Naturaleza y observas las más santas por tu piedad hacia Zeus.

(Entra Orestes con Píldes; dos servidores los siguen, y uno de ellos trae la urna funeraria.)

ORESTES.— Mujeres, ¿nos han informado bien y vamos a donde queremos ir?

CORIFEO.— ¿Qué quieres saber y qué designio te trae?

ORESTES.— Busco a Egisto. ¿Cuál es su palacio? Vengo hace tiempo preguntando.

CORIFEO.— Pues has llegado justamente, y no merece censura quien hasta aquí te ha informado.

ORESTES.— ¿Quién de vosotras iría a decir a la gente de palacio que aquel a quien esperan está aquí con los que lo acompañan?

CORIFEO.— Esta lo dirá; tiene que ser el pariente más próximo quien lo anuncie.

ORESTES *(A Electra.)*.— Ve, mujer; entra y diles que gentes de Fócida preguntan por Egisto.

ELECTRA.— ¡Oh infeliz de mí! ¿Traéis acaso una prueba evidente de la noticia que me han dado hace poco?

ORESTES.— No sé a qué te refieres; pero un anciano, Estroffio, me ha dado un encargo referente a Orestes.

ELECTRA.— ¿De qué se trata, extranjero? ¡Qué temor se apodera de mí!

ORESTES.— Traemos sus cenizas en una pequeña urna; como ves, ha muerto.

ELECTRA.— ¡Ay, qué infortunada soy! ¡Era, pues, cierto! ¡He aquí ante mis ojos la prueba palpable de mi desgracia! ¡Ya no puedo dudarlo!

ORESTES.— Si lloras las desgracias de Orestes, has de saber, pues, que esta urna encierra sus restos.

ELECTRA.— ¡Oh, extranjero, dámela, en nombre de los dioses!; si contiene sus restos dámela, que la tenga entre mis manos, para que lllore sobre estas cenizas y lamente mi infortunio y el de toda mi raza.

ORESTES *(A los servidores que lo siguen.)*.— Dádsela a esta mujer; sea quien fuere, entregádsela; no es una enemiga quien hace este ruego; es alguien que estaba unido con él por la amistad o por la sangre.

ELECTRA.— ¡Oh restos del que he amado tanto! ¡Último recuerdo de mi querido Orestes! ¡Cómo se han visto truncadas mis esperanzas y cuán diferente es lo que recibo del ser que yo hice salir de aquí! Lo que en mis manos tengo hoy no es ya nada, y cuando te alejé de palacio, hijo mío, estabas rebosante de salud. ¡Hubiera yo debido dejar esta vida antes que enviarte a tierra extraña, después de haberte yo misma escondido y salvado de la muerte! ¡Ojalá hubieses muerto entonces; al menos habrías reposado compartiendo la tumba paterna. Y ahora, lejos del hogar, desterrado en otro país, has muerto miserablemente, lejos de tu hermana; y mis manos ¡desgraciada!, no han lavado ni adornado tu cuerpo ni recogido como debía, extinguida la llama devoradora, estos fúnebres restos; por el contrario, manos extrañas, ¡infortunada de mí!, son las que te han rendido este deber, y no retomas sino convertido en deleznable polvo, encerrado en esta cajita. ¡Ah! ¡He aquí cuán inútiles fueron mis solicitudes de antaño, que tantas veces te prodigué con tan dulces desvelos! No eras entonces el amor de tu madre ni de los que vivían en palacio, sino

de mí, de tu hermana que te alimentaba, y cuyo nombre sin cesar repetías. Pero todo eso se ha desvanecido en un solo día con tu muerte; al marcharte te lo has llevado todo, como una tempestad. Mi padre ya no existe; yo, muerta quedo contigo; tú mismo desapareces arrebatado por la muerte; nuestros enemigos se ríen insolentemente; mi madre, si tal nombre merece, está loca de alegría. Secretamente, a menudo me anunciabas que vendrías para castigarla en persona; pero un destino fatal, el tuyo y el mío, lo ha destruido todo, y así, en vez de tu persona querida me envía solamente unas cenizas, una vana sombra. *(Estalla en sollozos.)* ¡Ah, tristes reliquias; ah, funesto viaje! Lo has hecho ser tan querido y me has perdido, sí, me has perdido, hermano muy amado. E modo que recíbeme en la urna en la que descansas; junta una muerta a un muerto, para que contigo, bajo tierra, habite para siempre. Cuando estabas vivo, contigo compartía tu suerte; ahora, muerto, quiero compartir tu tumba; solo los muertos, según veo, no sufren.

CORIFEO.— Mortal era el padre del cual has nacido, Electra, piénsalo; mortal era también Orestes. Por tanto, modera tu llanto: todos debemos padecer ese destino.

ORESTES.— ¡Oh! ¿Qué puedo decir? Estoy profundamente turbado; no sé cómo empezar ni tengo fuerzas para callar.

ELECTRA.— ¿Qué pena tienes? ¿Por qué hablas así?

ORESTES.— ¿No es a la ilustre Electra a quien tengo ante mis ojos?

ELECTRA.— Sin embargo, no es por mí, extranjero, por quien te lamentas así.

ORESTES.— ¡Oh belleza, indignamente, sacrílegamente ajada!

ELECTRA.— Seguramente es a mí y no a otra a quien compadeces ahora; ¿verdad, extranjero?

ORESTES.— ¡Ah! ¡Qué vida has tenido, sin esposo, sin felicidad!

ELECTRA.— ¿Por qué motivo me miras así, extranjero, y me compadeces?

ORESTES.— Porque en realidad desconocía tus desgracias,

ELECTRA.— ¿Qué palabra mía te ha dado ocasión para descubrirlas?

ORESTES.— Me ha bastado verte sumida en tan honda aflicción.

ELECTRA.— Y, sin embargo, no ves más que una pequeña parte de mis desventuras.

ORESTES.— Pero ¿es que podría ver más de lo que estoy viendo?

ELECTRA.— Es que comparto mi vida con los asesinos.

ORESTES.— ¿Los asesinos de quién? ¿De qué crimen me hablas?

ELECTRA.— De los asesinos de mi padre, que me tienen a la fuerza esclavizada.

ORESTES.— Y ¿qué ser humano te impone esa esclavitud?

ELECTRA.— La llaman mi madre, aunque nada tiene de madre.

ORESTES.— ¿Qué hace? ¿Te maltrata de obra o de palabra?

ELECTRA.— De palabra, y con malos tratos, con toda clase de tormentos.

ORESTES.— Y ¿no tienes a nadie que te ayude, nadie que lo evite?

ELECTRA.— Nadie; el único que podía defenderme me lo traes tú ahora convertido en cenizas.

ORESTES.— ¡Infortunada! ¡Qué compasión me inspira desde hace tiempo tu vista!

ELECTRA.— Pues has de saber que eres el único ser que de mí se ha compadecido.

ORESTES.— El único, en efecto, que ha venido, apenado por tu desgracia.

ELECTRA.— Sin embargo, extranjero, no eres un ser de nuestra familia.

ORESTES.— Te contestaría si estas fuesen amigas de veras.

ELECTRA.— Lo son; puedes hablar; son mujeres fieles.

ORESTES.— Deja entonces esa urna: vas a saberlo todo.

ELECTRA.— ¡En nombre de los dioses, no me la quites, extranjero!

ORESTES.— Accede a mi ruego y no te arrepentirás.

ELECTRA.— ¡Te lo suplico, no me quites lo que más quiero!

ORESTES.— No puedo consentirlo.

ELECTRA.— ¡Qué desgraciada soy por tu causa, Orestes, si me despojan de tus cenizas!

ORESTES.— Di palabras de buen agüero; lloras sin razón.
ELECTRA.— ¿Cómo? ¿No tengo razón para llorar a mi hermano muerto?
ORESTES.— No tienes por qué repetir esas palabras.
ELECTRA.— ¿Tan indigna soy del muerto?
ORESTES.— No eres indigna de nada; sea lo que fuere; pero esta urna no significa nada para ti.
ELECTRA.— ¿Cómo puedes decir esto si contiene las cenizas de Orestes?
ORESTES.— No hay nada de eso, todo ha sido una historia ficticia.

(Orestes le recoge la urna, que deja en el suelo.)

ELECTRA.— Entonces, ¿dónde está la tumba de ese desgraciado?
ORESTES.— No hay tal tumba; quien vive, no la necesita.
ELECTRA.— ¿Qué has dicho, hijo mío?
ORESTES.— Nada que no sea verdad.
ELECTRA.— ¿Vive, pues, mi hermano?
ORESTES.— Sí; sí, aún respiro.
ELECTRA.— ¿Acaso eres tú?
ORESTES.— Mira este sello de mi padre y verás si digo la verdad.
ELECTRA.— ¡Oh, día venturoso!
ORESTES.— ¡Muy afortunado, es cierto!
ELECTRA.— ¡Oh, voz tan amada! ¿Estás, pues, aquí?
ORESTES.— Sí, y se dirige directamente a ti.
ELECTRA.— Te tengo en mis brazos.
ORESTES.— Ojalá que desde ahora puedas tenerme siempre así.
ELECTRA *(Al Coro.)*— ¡Oh, queridísimas amigas, oh ciudadanas! Ved a Orestes ante vosotras; astutamente muerto, e ingeniosamente sano y salvo.
CORIFEO.— Lo veo, hija mía, y ese feliz suceso inunda mis ojos con lágrimas de alegría.
ELECTRA.— ¡Oh hijo! ¡Hijo de un padre al que yo amaba tanto! ¡Por fin has vuelto y encuentras a tu llegada lo que tanto deseabas ver!
ORESTES.— Sí, heme aquí; pero guarda silencio, espera.
ELECTRA.— ¿Qué hay?
ORESTES.— Mejor es callar, no sea que alguien desde dentro nos oiga.
ELECTRA.— No, por Artemisa, la virgen eterna; ya no pensaré nunca que tengo que temer a ese rebaño sumiso de mujeres de esta casa.
ORESTES.— Ten cuidado, sin embargo, que Ares se alberga también en las mujeres; tú lo sabes muy bien por experiencia propia.
ELECTRA.— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Me recuerdas de manera bien clara cómo se consumió irreparable e inolvidable nuestra desgracia!
ORESTES.— También yo lo sé; cuando la ocasión nos lo permita será el momento de rememorar aquellos hechos.
ELECTRA.— Todo el tiempo pasado, todo, si lo tuviera presente, lo necesitaría para lamentar debidamente aquello. ¡Tanto trabajo me ha costado tener al fin mi lengua libre!
ORESTES.— Muy bien; conforme: conserva esa libertad.
ELECTRA.— ¿Qué hay que hacer?
ORESTES.— No hablar más de lo que la ocasión exija.
ELECTRA.— ¿Quién, pues, cuando apareces tú, querrá reemplazar, como tú deseas, la palabra por el silencio? Pues hoy, muy en contra de toda previsión y de toda esperanza, te vuelvo a ver...
ORESTES.— Me has visto cuando los dioses me han permitido venir.
ELECTRA.— Lo que me acabas de decir es para mí causa de un mayor agradecimiento que la primera, si es un dios quien te ha abierto el camino hacia nuestro palacio; yo veo todo esto como obra divina.
ORESTES.— Siento cohibir tu alegría, pero temo que te dejes llevar demasiado por el gozo que te causa.

ELECTRA.— ¡Oh! Ya que al cabo de tanto tiempo te has decidido a volver, cosa que tanto he deseado, no quieras, viéndome tan desgraciada...

ORESTES.— ¿Qué es lo que no quieres que haga?

ELECTRA.— Privarme de la alegría que me da contemplar tu rostro, obligándome a separarme de ti.

ORESTES.— De ninguna manera, y me dolería mucho que otros lo intentasen.

ELECTRA.— Entonces ¿estás de acuerdo conmigo?

ORESTES.— ¿Y puedes dudarlo?

ELECTRA.— Hermano querido: me enteré de la noticia de tu muerte, que nunca hubiese creído; muda, un dolor violento se apodero de mí y oí la noticia sin lanzar ni un gemido, ¡desgraciada! Pero ahora ya te tengo. Te me has aparecido con tu rostro muy amado; aun si mis desgracias debieran continuar no lo olvidaré nunca.

ORESTES.— Déjate ahora de palabras superfluas, y no me digas que mi madre es criminal ni que Egisto dilapida las riquezas de mi padre, las derrocha, o las despilfarra vanamente. La conversación nos haría perder la oportunidad. Lo que has de decirme es lo que nos conviene en la situación actual: vamos a ver; dime ¿dónde debo esconderme, o dónde debo presentarme para que mi llegada ponga término hoy a la risa de nuestros enemigos? Ten además cuidado, si entramos los dos a un tiempo en el palacio, que nuestra madre, al ver la alegría de tu semblante, no adivine tus sentimientos; por el contrario, sigue lamentándote como siempre, y como si mi muerte no hubiera sido imaginaria. Cuando hayamos logrado nuestros fines, entonces podremos regocijarnos y reírnos libremente.

ELECTRA.— Hermano mío, lo que tú quieres lo quiero yo; pues la alegría que siento, de ti la he recibido y no me pertenece. Por lo tanto, ni aun a costa de lo que más provecho me trajera me gustaría causarte el más mínimo disgusto; además, de otro modo no sería coadyuvar a esta empresa en la que la divinidad nos favorece. Así pues, en cuanto a lo que pasa aquí ya lo sabes. Te han dicho que Egisto está ausente y que mi madre se encuentra en el palacio. No tengas miedo de que ni siquiera vislumbre en mi rostro ni asomo de alegría. Tan hondo se ha infiltrado en mí un odio inveterado, que ni siquiera ahora que te he visto puedo cesar de llorar... de alegría... ¿Cómo voy a poder contener mis lágrimas, si en un mismo día te he visto muerto y vivo? Eres para mí motivo de sucesos tan increíbles que si mi padre volviese a la vida, no lo consideraría como un imposible, sino que creería verlo. Así, pues, ya que has vuelto, manda como te plazca. Si yo me hubiera encontrado sola no hubiese logrado sino una de estas dos cosas: o salvarme con honor, o sucumbir con honra.

ORESTES.— ¡Cállate, por favor! ; oigo que alguien sale de palacio y viene en esta dirección.

(Se entreabre la puerta.)

ELECTRA. *(Con bien fingida serenidad, dirigiéndose a Orestes y Píldes.)*.— Entrad, extranjeros, ya que lo que traéis ha de ser bien recibido en este palacio, aunque no sea motivo para que se alegren.

(Entra el Preceptor.)

PRECEPTOR.— ¡Oh, desgraciados! Sois verdaderamente locos, ¿pero es que ya no cuenta la vida para vosotros? ¿Habéis perdido hasta tal punto vuestro buen sentido natural para olvidaros de que estáis al borde del peligro, mejor dicho, cercados por los mayores peligros? Si no hubiera estado yo desde hace rato de guardia en esta puerta del palacio, todos vuestros proyectos habrían terminado mucho antes de que en él hubieran entrado vuestras personas. Pero ya he tomado mis precauciones. De modo que ahora basta de conversación, que la alegría hace interminable. Entrad en el palacio; en nuestra situación las dilaciones son grave falta; ha llegado el momento de terminar.

ORESTES.— ¿Cómo están las cosas ahí dentro para mí?

PRECEPTOR.— Todo irá bien; no hay nadie que te reconozca.

ORESTES.— Tú has dicho que yo había muerto, ¿no es así?

PRECEPTOR.— Para los de palacio, tú eres un habitante del Hades.

ORESTES.— Estarán contentos, ¿verdad? ¿Qué dicen?

PRECEPTOR.— Cuando todo haya terminado, te lo contaré. En este momento para nosotros todo va bien por parte de ellos, aun lo que va mal.

(Electra se fija en el Preceptor y pregunta:)

ELECTRA.— ¿Quién es este, hermano mío? ¡En nombre de los dioses, dímelo!

ORESTES.— ¿No lo reconoces?

ELECTRA.— No puedo recordarlo.

ORESTES.— ¿No conoces a la persona en cuyas manos me confiaste aquel día?

ELECTRA.— ¿La persona que...?

ORESTES.— Al hombre que con sus cuidados, y gracias a tu previsión, me hizo llegar secretamente a Fócida.

ELECTRA.— ¿Es este el hombre, único entre todos, que hallé fiel cuando asesinaron a nuestro padre?

ORESTES.— Sí, el mismo. Y ahora no hagas más preguntas.

ELECTRA.— ¡Día amado! ¡Salvador único de la Casa de Agamenón! ¿Cómo has llegado aquí? ¿Conque eres tú el que nos ha salvado del naufragio a él y a mí? ¡Oh, manos queridas! ¡Oh, pies!, ¡qué ayuda tan preciosa nos han prestado! ¿Cómo estando desde hace ya tanto tiempo junto a mí has podido recatarte sin que lo sepa y sin que te reconozca? Tus palabras me afligían hasta matarme, y sin embargo, en la realidad me traías la más grata de las dichas. Salud, padre, pues es un padre a quien creo tener ante mis ojos; salud: sabe que entre todos los hombres eres el que más he odiado y al que más he amado en un mismo día.

PRECEPTOR.— Bueno, ya hemos hablado bastante. Para contarte, Electra, todo lo ocurrido durante tanto tiempo, habrá muchos días y numerosas noches. *(A Orestes y Pílates.)* A vosotros dos, que estáis junto a mí, os digo: ahora es el momento de actuar. En este instante Clitemnestra está sola; de momento no hay ni un hombre en palacio. Si lo diferís, pensad que tendréis que enfrentaros contra ellos, contra otros más diestros que ellos, y más numerosos que vosotros.

ORESTES.— Los hechos que han de empezar no necesitan largos discursos, Pílates, entremos, pues, cuanto antes; pero ante todo adoremos las imágenes de los dioses paternos, que están aquí delante de estas puertas.

(Después de hacer, al pasar ante las estatuas de Hermes y de Apolo, el gesto de los adoradores, Orestes y Pílates, seguidos del Preceptor, entran en palacio. Electra se queda sola.)

ELECTRA.— ¡Rey Apolo, escúchalos propicio! ¡Óyeme también a mí, que tantas veces con piadosa mano y con lo poco que poseía he venido a suplicarte! ¡Esta vez, Apolo Licio, por cuanto tengo, te ruego, te suplico, y postrada te imploro, que nos asistas en la realización de nuestros proyectos y muestres a los hombres qué castigos reservan los dioses a la impiedad!

(Entra en palacio.)

CORO.— Mirad cómo avanza el furibundo Ares, respirando inevitable muerte. Ya entran y se deslizan en el palacio, persiguiendo los odiosos crímenes, las Erinias, esos sabuesos, de quienes nadie escapa. Y así, no tardarán mucho tiempo en cumplirse las visiones que tienen en suspenso el sueño de mi alma. Con pasos furtivos el vengador de los muertos se introduce en el techo paterno, morada de las riquezas ancestrales; en las manos lleva la espada recién afilada. Y el hijo de Maya, Hermes, velando la trampa, en la sombra, lo guía recto al blanco.

(En este momento, Electra sale del palacio con precaución.)

ELECTRA.— Queridas mujeres, dentro de un momento los hombres cumplirán su obra. *(Al Corifeo.)* Esperad, pues, en silencio.

CORIFEO.— ¿Cómo? ¿Qué hacen ahora?

ELECTRA.— Ella está adornando la urna funeraria, para la sepultura; ellos dos están apostados cerca.

CORIFEO.— ¿Pero tú, por qué has salido?

ELECTRA.— Para estar al cuidado, no sea que Egisto entre sin saberlo nosotros.

CLITEMNESTRA *(Desde dentro.)*— ¡Socorro! ¡Ay! ¡Este palacio, vacío de amigos, está lleno de asesinos!

ELECTRA.— Gritan en el palacio. ¿No oís, amigas mías?

(Tímidamente, con pausas.)

CORIFEO.— Sí; ha sido, desgraciada, lo que jamás hubiera querido oír; me estremezco.

CLITEMNESTRA *(Dentro.)*— ¡Desgraciada de mí! Egisto, ¿dónde estás?

ELECTRA.— Escucha, gritan aún.

CLITEMNESTRA.— ¡Oh, hijo mío, ten piedad de tu madre!

ELECTRA.— Pues tú no tuviste piedad ni de él ni del padre que lo engendró.

(Más rápido.)

CORIFEO.— ¡Oh, ciudad! ¡Oh, estirpe infortunada! ¡Hoy el Destino consume, sí, consume tu ruina!

CLITEMNESTRA *(En el interior.)*— ¡Ay! ¡Me han herido!

ELECTRA.— Dale, si puedes, por segunda vez.

CLITEMNESTRA.— ¡Oh dioses! ¿Más aún?

ELECTRA.— ¡Ah! ¡Si Egisto pudiese compartir tu suerte!

(En sordina, pero claramente.)

CORO.— Se cumplen las maldiciones: ¡reviven los que están bajo tierra! Los muertos que desde hace tiempo han sucumbido, hacen correr la sangre de sus asesinos.

(Orestes y Píldes salen del palacio.)

CORIFEO.— Helos aquí; sus manos tintas en sangre, gotean la de la víctima sacrificada a Ares; no puedo censurarlos.

ELECTRA.— Orestes, ¿cómo ha ido eso?

ORESTES.— Todo ha ido bien en palacio, si Apolo nos dio una orden prudente.

ELECTRA.— ¿Ha muerto la desgraciada?

ORESTES.— No temas que la arrogancia materna te ultraje ya jamás.

(Tímidamente y con pausas.)

CORIFEO.— Callad. Que estoy viendo a Egisto, que va a llegar.

ELECTRA.— Amigos míos, ¿no vais a retiraros?

ORESTES.— ¿Dónde ves a ese hombre?, ¿está cerca de nosotros?

ELECTRA.— Desde el arrabal se encamina satisfecho hacia aquí.

CORIFEO.— Entrad en el vestíbulo cuanto antes. Y ahora, después de haber hecho las cosas bien una vez, hacedlas por segunda vez.

ORESTES.— Ten confianza. Acabaremos.

ELECTRA.— Como lo has resuelto, sé rápido.

ORESTES.— Entro, pues.

ELECTRA.— Yo me encargaré de todo lo de aquí.

(Orestes y Píldes salen.)

CORO.— Sería menester decir al oído algunas palabras a este hombre, como si fuésemos sus amigos, para que se lance imprudentemente en la trampa que Díké le ha preparado.

(Entra Egisto.)

EGISTO.— ¿Quién de vosotras sabe en dónde están esos huéspedes de Fócida que nos han anunciado, y según dicen nos traen la noticia de que Orestes perdió la vida en un certamen ecuestre? *(A Electra.)* Es a ti, a ti, a quien interrogo, naturalmente; a ti, que hasta ahora te has mostrado tan insolente. Tú, naturalmente, más que nadie creo yo, estarás interesada por la noticia, y sin duda te hallarás mejor enterada que nadie y podrás responderme mejor.

ELECTRA.— Conozco la noticia; esto es seguro; de otro modo ignoraría lo que por encima de todo interesa a mi corazón.

EGISTO.— ¿En dónde están esos extranjeros? Dímelo.

ELECTRA.— En palacio: donde se les ha ofrecido complacida hospitalidad.

EGISTO.— ¿Y han anunciado, como cosa cierta, la muerte de Orestes?

ELECTRA.— No solamente lo han dicho, sino que han traído pruebas.

EGISTO.— ¿Y podemos ver esas pruebas, de modo que tengamos plena seguridad?

ELECTRA.— Podrás verlas, y a la verdad que el espectáculo es muy triste.

EGISTO.— A fe que tus palabras, contra tu costumbre, me dan noticias que me alegran.

ELECTRA.— Alégrate, pues, si eso te da motivo para sentirte dichoso.

EGISTO.— ¡Silencio! ¡Te lo ordeno! Que se abran las puertas a los micenos, a los argivos; que lo vean bien todos: si alguno de vosotros abrigase todavía la vana esperanza del retorno de Orestes, a la vista de su cadáver, que se someta para siempre al freno de mi voluntad sin esperar el castigo que lo obligue a obedecer.

ELECTRA.— Mi tarea está cumplida: me he vuelto prudente con el tiempo; me he pasado al bando del más fuerte.

(La puerta del palacio se abre. En unas parihuelas traen un cadáver tapado. De uno y otro lado, Orestes y Píldes.)

EGISTO.— ¡Oh Zeus! Lo que aquí veo no se ha realizado sin que los dioses lo hayan querido; pero si mi palabra excita su cólera, la retiro. *(A Orestes y a Píldes.)* Descorred por completo ese velo que esconde a mis ojos al difunto, para que lo lloro yo también, que al fin ese ser era de mi familia.

ORESTES.— Descórrelo tú mismo: no es a mí sino a ti a quien toca ver esas reliquias y dirigirles palabras de afecto.

EGISTO.— Acertado es tu consejo y lo seguiré. *(A Electra.)* Si Clitemnestra está en el palacio, llámala.

ORESTES.— La tienes junto a ti; no la busques en otra parte.

(Egisto, mientras Orestes va hablando, descubre el cadáver.)

EGISTO.— ¡Ay! ¿Qué veo?

ORESTES.— ¿Te da miedo? ¿No la reconoces?

EGISTO.— En qué trampa he caído, ¡oh desgraciado de mí!

ORESTES.— ¿No ves, por fin, que estás hablando con vivos, como si fueran difuntos?

EGISTO.— ¡Ay de mí! Entiendo lo que me dices; seguramente es Orestes quien me habla.

ORESTES.— Siendo tan hábil adivino, ¿cómo has vivido tanto tiempo

engañado?

EGISTO.— Estoy perdido; ya no existo. Sin embargo, déjame decirte una palabra.

ELECTRA.— No lo dejes hablar, en nombre de los dioses, hermano mío, ni que alargue estos discursos. ¿Qué beneficio puede esperar de algunos instantes un ser que va a morir, podrido de tantos crímenes? Por el contrario, mávalo pronto y manda su cadáver lejos de nuestros ojos a los que se encargarán de sepultarlo como él se merece: solo así encontraré el consuelo a mis prolongados sufrimientos.

ORESTES (*Dirigiéndose a Egisto.*).— Entra, date prisa: no se trata ahora de hablar, sino de morir.

EGISTO.— ¿Por qué conducirme al palacio? Si tu obra es justa, ¿por qué tienes que esconderla? ¿Por qué no me matas enseguida?

ORESTES.— No tienes por qué mandar aquí. Ve al sitio en donde mataste a mi padre, para morir en el mismo lugar.

EGISTO.— ¿Es que es muy necesario que este palacio vea las desgracias presentes y futuras de los Pelópidas?

ORESTES.— En todo caso, verá las tuyas; en esto soy mejor adivino que tú.

EGISTO.— Ese arte de que presumes no lo heredaste de tu padre.

ORESTES.— Son demasiadas contestaciones, y con ellas no haces más que retrasar tu muerte. ¡Vamos, anda!

EGISTO.— ¡Guíame!

ORESTES.— ¡Has de ir tú delante!

EGISTO.— ¿Temes que me escape?

ORESTES.— No quiero que mueras como tú quieras: tengo que reservarte esta última amargura. Tal debería ser el castigo aplicado inmediatamente a todos los que se atreven a conculcar las leyes: la muerte; los criminales no serían tan numerosos.

CORIFEO.— ¡Oh, raza de Atreo! ¡Cuánto has sufrido antes de recobrar por fin con este último esfuerzo tu libertad!

* * * * *